

ca. Del mismo modo que reaparece aquí el título polinesio de *ariki*, encontramos también en distintos grados la exageración del principio aristocrático-teocrático que hemos descrito en Tahití en la orden de los *eris* ó *eróis*. En las islas de Banks los individuos pertenecientes á las clases elevadas constituyen, en la mayoría de los casos, una alianza que, según popular creencia, está en relaciones con los espíritus y que celebra todas sus sesiones en el *Salogoro*, lugar reservado en una aldea en el cual nadie más que ellos puede penetrar. Los aspirantes que desean entrar en esa comunidad han de pasar un determinado número de días en dicho sitio y han de pagar una cantidad á cada uno de los miembros de la asociación. El neófito tiene que ejecutar algunas danzas en honor de los espíritus: antiguamente él mismo era considerado como espíritu, pero en la actualidad todo esto sirve simplemente de diversión. El nombre de la sociedad indica, sin embargo, que en otro tiempo se la consideraba como íntimamente enlazada con los espíritus como ella denominados. A todos los miembros de esta asociación les está permitido conferir el tabú, es decir amparar á cualquiera contra los ataques injustos. Cuando se quiere que los frutos de un árbol no sean robados ó que nadie pase por un lugar determinado, un individuo cualquiera de aquélla coloca en el lugar ó en el árbol, por acuerdo de la asociación llamada *tamate*, el signo del tabú que consiste en una hoja del árbol *tigli*. ¡Ay del que desprecia esta prohibición! La menor transgresión es castigada con una multa. En determinadas épocas, un miembro de la sociedad *tamate* recorre el pueblo para recoger los cráneos de los que han fallecido y prepararlos para ser destinados á objetos del culto.

De otra índole son los grados y clases de carácter puramente social en que se divide cada aldea y que vienen á ser grupos unidos en parte por lazos de parentesco y en parte por comunidad de intereses. No sin razón se ha querido ver algo parecido á las castas en cada uno de estos grados sociales tales como aquí se presentan: este carácter estriba en el hecho de conferir el origen ó la conexión divinos y el tabú en aquellos grados especiales de las clases de la sociedad que están constituidos sobre la base de las relaciones inmediatas ó remotas de los individuos con la divinidad. En estos pueblos á toda institución humana importante se le da cierto tinte divino, siendo los menos favorecidos con éste aquellos «clubs»—como los denomina Semper hablando de las Palaos—en los cuales puede verse, quizás, un resto de organización guerrera que se conserva aún en plena paz. En las Nuevas Hébridas cada una de estas clases tiene designado en el *Gamal*, casa comunal pública que todas las aldeas poseen, un departamento especial provisto de un horno para guisar. Allí se celebran las asambleas generales en las cuales se delibera sobre la admisión de nuevos miembros y allí comen los individuos de cada una de esas sociedades mientras sus mujeres y sus hijos comen en sus cabañas. Cuando alguno asciende á una categoría superior tiene que pagar una cantidad á cada uno de los miembros de la misma. Entre las mujeres existe también esta asociación, pero con la diferencia de que no poseen un *gamal*.

Asimismo son de distinta naturaleza las divisiones de clases según las ocupaciones de cada cual, que encontramos especialmente desarrolladas en Fidschi en donde han sido probablemente copiadas de los tonganeses. Esta institución es la que más puntos de semejanza tiene con la de las castas. Existen, en efecto, en Fidschi algunas tribus á las que, al parecer, van anejos determinados oficios: entre éstos puede citarse á los marinos, á los pescadores que

tienen un caudillo propio y á los carpinteros. Hay, además, aldeas especiales de guerreros, pescadores, carpinteros, médicos, peluqueros y alfareros. El oficio más despreciado es el de cocinero. Algo semejante encontramos en Nueva Guinea, puesto que las aldeas de los motus se distinguen cada una por una especialidad industrial. Kapatí es famosa por sus trajes femeninos, Tatana por los adornos de conchas, Port Moresby por la alfarería y Hula por el cultivo de cocoteros. La división del pueblo en clases de muy distintas denominaciones fúndase también en relaciones políticas; por esto encontramos en Mbau la clase de las «gentes de la gran casa,» el antiguo «poderío Mbatitombi» y los «señores del país.» Somusomu dependía, en lo religioso, de Mbau y Rakiraki era una aliada vasalla de Mbatí y estas relaciones engendraban una situación especial para las gentes de estos vasallos de los cuales el religioso recibía el saludo de homenaje del caudillo. Los grupos de los *turangas*, caudillos, de los *matonivanías*, propietarios y *kainis*, plebeyos, estaban generalizados, por lo menos en Fidschi.

La esclavitud se nos presenta en todas partes, siendo las fuentes de la misma la guerra y quizás también ciertas relaciones jurídicas relativas á las deudas: como es natural, no en todos los países se nos aparece igualmente dura. A. B. Meyer dice hablando de Nueva Guinea: «No sé si en todos los puntos de esta isla es conocida la institución de la esclavitud, pero debo decir que en las tribus por mí visitadas no me parece muy rigurosa. Por 30 ó 50 florines de géneros se compra un hombre.» En cambio entre los guerreros y crueles fidschianos la esclavitud es causa de sublevaciones, pues las tribus vencedoras logran reunir en sus interminables guerras un número excesivo de esclavos, que en algunas comarcas de Fidschi, como en Ambán, han llegado hasta á expulsar á los mismos príncipes.

Además del carácter teocrático que es propio de la cúspide de la tribu, la adopción completa del sistema polinesio australiano del Atua Kobong ha sido causa de que la división política de las tribus melanesias aparezca enlazada con el modo de ser religioso. El indicado sistema es seguido en Melanesia con más consecuencia que entre los polinesios, como lo demuestra la exogamia tan arraigada en las islas de Banks como en la misma Australia. En Mota, por ejemplo, cada tribu se divide en dos grandes familias llamadas *veve*, es decir madre. Esta misma institución, que en el fondo, y quizás también en el lenguaje, es la misma que los maories denominan *kapu*, lleva en Fidschi el nombre de *veita* que se ha traducido por *aratz*. En estas veces los hijos pertenecen á la familia de que desciende la madre; en cambio los hijos de la hermana del marido son los parientes más próximos de éste, y vienen á ser, por decirlo así, la continuación de su familia. El hombre ha de casarse siempre con una mujer perteneciente á la otra familia, la cual no por esto entra directamente á formar parte de la veve de su marido por más que se aproxima á ella. Cada una de esas dos grandes familias se subdivide, á su vez, en cuatro ramas, las cuales también se fraccionan en varias secciones que se diferencian marcadamente unas de otras. Cada sección tiene un distintivo, generalmente un animal, que es en cierto modo el escudo común de la familia y con el cual se creen unidos por cierta dependencia, considerándolo como el segundo yo. Todos estos objetos llamados *tamaniu*, es decir igualdad, sea un lagarto ó una serpiente ó un tiburón, están destinados á una predilección ó á alguna aspiración: á estos animales no se les ceba ni se les adora, lo único que se hace es evitarles por todos los medios posibles cualquier daño, pues

con ellos está íntimamente enlazada la existencia de la respectiva rama de la familia. Cuando uno de ellos se pone enfermo ó desaparece del sitio en que se le guardaba, alguien enfermará y si aquél muere ó no es encontrado, éste morirá también. De aquí que siempre que aparece alguna enfermedad repentina se dirijan todas las miradas al *tamaniu*. El animal elegido ó sus iguales sigue siendo propio de los descendientes del que lo escogió, así es que éstos dicen para expresarse en pocas palabras: «descendemos del lagarto, etc.» Ya hemos visto más arriba (pág. 528) cuánta influencia tiene este sistema en la vida doméstica de los melanesios, pudiendo afirmarse que penetra profundamente en todas las instituciones públicas.

Las formas de gobierno de los melanesios—tan distintas exteriormente unas de otras, pues mientras en las islas Salomón encontramos una porción de caudillos son éstos enteramente desconocidos en las islas de Banks poco distantes de aquéllas—tienen sin embargo un fundamento patriarcal-aristocrático común que en todas partes se nos presenta en la forma de una casta de nobles. Aun en aquellos puntos en que se dice no haber caudillos, existen miembros ilustres de esta casta que son los que dirigen los negocios públicos: tal acontece, por ejemplo, en las islas de Banks y en las Nuevas Hébridas en donde en vez de caudillos encontramos miembros de clases elevadas que llevan el nombre de *supve* ó *suque*. Cada uno ejerce naturalmente más ó menos influencia según la categoría de la clase á que pertenece: á la clase más elevada pertenecen muy pocos, pero en cambio tienen éstos un poder en extremo importante: ellos son los que ordenan qué individuo de una clase debe ascender á otra, cuál debe ser totalmente excluido, etc., de suerte que de hecho se diferencian tanto menos de los caudillos cuanto que en muchas islas éstos lo son á menudo por elección y ven, además, limitada su autoridad por un consejo de ancianos. En Sikiyana la elección recae siempre en el individuo que cuenta más años y la dignidad de caudillo no tiene siempre la misma importancia. También en otras islas, como en Nueva Georgia y Simbo, los ancianos son los personajes más influyentes siendo la dignidad de caudillo meramente nominal: los más ancianos son asimismo, las más de las veces, los sacerdotes, es decir los intermediarios entre los vivos y los muertos, y aquello sobre lo cual imponen el tabú—institución allí también existente—es sagrado é inviolable.

La comparación de estas relaciones, positivamente en extremo variables en distintas islas, parece demostrar que la importancia de la dignidad del caudillo aumenta en aquellos puntos en que es frecuente ó predomina el estado de guerra. Tal acontece más que en ninguna otra parte en Fidschi, en donde encontramos una organización en virtud de la cual los distritos ó aldeas tributarios de un caudillo (*matanitus*) presididos por un caudillo de segunda clase se subdividen en *galis* y *batis*: estos últimos son de un carácter verdaderamente militar, puesto que no entregan al caudillo víveres como los *galis* sino que le prestan servicios militares á cambio de los cuales son mantenidos por los *galis*. No exageran los que afirman que la dignidad de caudillo reviste en Melanesia un carácter principalmente militar ejecutivo. Esto no obstante en aquellos puntos en que más se deja sentir la influencia polinesia se encuentran, además, instituciones de caudillos especiales de guerra que se denominan en Fidschi *Wuni-Wau* ó *Wuni-Walu* y al lado de los cuales hay príncipes eclesiásticos llamados en la propia isla *Roko-Timbau* ó *Tui-Mbau*. Este nombre *tonganés* de *tui* por rey aparece en algunas comarcas costane-

ras de Fidschi y al lado ó debajo de este soberano existe también en ellas el caudillo guerrero y el sacerdote. También encontramos usadas en Fidschi las denominaciones de *roko* y de *buli* para designar al caudillo y asimismo vemos en estas islas otros nombres polinesios de caudillos confusamente mezclados con los que tienen un carácter melanesio; así por ejemplo tenemos en Tanna y en Futuna el de *ari* ó *aliki*.

El caudillo vela con extraordinario cuidado por la conservación de los privilegios que su posición trae consigo: en las islas Salomón el que pisa la sombra de un caudillo es castigado con la muerte y sólo en el caso de ser rico puede el condenado redimir la pena entregando una parte de su fortuna. Esto viene á ser una reminiscencia de la exageración polinesia de la ley del tabú relacionada con la divinidad del caudillo. También es enteramente polinesia la costumbre de tener los caudillos fidschianos algunos barberos en su corte á los cuales, por el derecho que tienen de tocar los sagrados cabellos, se hace extensivo el tabú teniendo por consiguiente que ser mantenidos á costa ajena. Los heraldos (*mata*) de los príncipes son también sagrados é inviolables aun en caso de guerra. A la muerte de un caudillo se prohíbe para lo sucesivo pronunciar no sólo su nombre sino cualquier palabra que se le asemeje.

La casa del caudillo está asentada sobre un sacrificio humano. Cuando al caudillo le nacia un hijo, construían para éste una casa especial en la que vivía cuidado por mujeres destinadas á su especial servicio hasta que entraba en la pubertad y era circuncidado. Los caudillos fidschianos eran enterrados en el templo. La consagración de los mismos va acompañada de ceremonias misteriosas y algunas de las insignias de su dignidad tienen un significado difícil de explicar. En Anaiteum, por ejemplo, el caudillo en el acto de su consagración es paseado puesto en la cima de un árbol cortado y en Erromango se le entrega una piedra redonda y cóncava como signo de dignidad; en las islas Salomón el distintivo consiste en un brazalete hecho con una concha de marisco, en las del Almirantazgo en una doble cadena de conchas y en Nueva Caledonia en un gorro alto de entrelazado abierto por arriba.

Hay una institución especial encaminada á conservar la autoridad del caudillo ó de la minoría de gentes influyentes ó propietarios: tal es el sistema *Duk Duk* que en Nueva Bretaña ejerce sobre la vida pública un dominio tiránico, apareciendo en parte como asociación secreta y en parte como institución política. Powell califica al *duk-duk* de personificación de la administración de justicia, calificación que no creemos del todo exacta. El *duk-duk* es una persona disfrazada de una manera horrible que recorre el país dando unos gritos que le dan á conocer y á cuya aproximación huyen las mujeres, los niños y los no iniciados. Todo el que puede pagar una suma determinada es admitido en la asociación de los iniciados. El *duk-duk* es inviolable, recoge las multas, impone castigos que pueden llegar hasta la muerte y el incendio de la choza y proporciona materiales para las fiestas antropófagas de los iniciados, los cuales se conocen entre sí por medio de signos secretos y en determinadas épocas se reúnen para celebrar ciertas fiestas de las cuales están excluidos, bajo pena de muerte, los no iniciados. Pero su principal importancia estriba en ser el órgano de una oligocracia poderosa por los terribles medios secretos de que dispone y muy parecida al *tamate* de las islas de Banks.

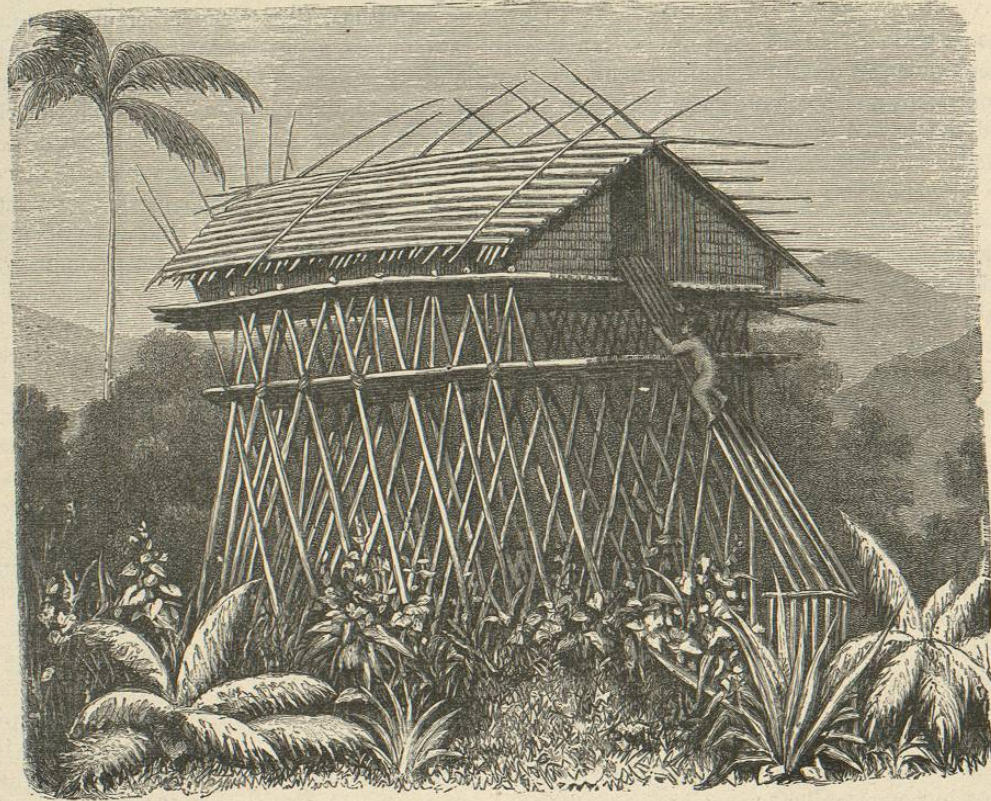
Los negocios de gobierno se resuelven en Fidschi al aire libre, reuniéndose los ancianos de la aldea (*Karo*) presididos por el caudillo ó *turanga* en la plaza del Consejo de-



nominada *Rara*, á la sombra de los árboles, previa convocación hecha por el *tui-rara* ó maestro de ceremonias. En Nueva Guinea, en las islas Salomón y en las Nuevas Hébridas hay algunas casas para asambleas adornadas con trofeos, reliquias é ídolos que, como hemos visto, desempeñan cierto papel en la vida social de los indígenas. En Tanna, por el contrario, las distintas aldeas de un distrito tienen un lugar para asambleas común que, al igual que en Samoa, es la plaza de la aldea encargada de la dirección gubernativa.

Toda violación de derecho reviste, en el fondo, á los ojos de este pueblo el carácter de violación de las leyes di-

vinas, por esto no es de extrañar que el principio que informa las penas sea sumamente riguroso y que los juicios de Dios de toda clase desempeñen un gran papel en los procedimientos judiciales. Para descubrir á un criminal se apela casi siempre á un juramento de purificación que se ha de prestar sobre un arma cualquiera. Más tarde, la pena de muerte aplicada con sobrada facilidad sufrió algunas modificaciones, así por ejemplo dice Rosenberg hablando de Nueva Guinea: «Todo delito, cualquiera que fuese su importancia, quedaba redimido mediante la entrega de algunos bienes permutables cuya cuantía determinaban los caudillos y los ancianos de la tribu.» En materia de inju-



Una choza en la aldea arfake de Memiwa, Nueva Guinea (según Raffray) Véase pag. 524.

rias personales los naturales de las Salomón tienen el derecho de hacerse justicia por su mano: cuando alguien se considera ofendido, pide satisfacción á las armas, lo cual equivale á decir que puesto en emboscada atraviesa el cuerpo de su adversario con envenenada flecha. Cuando el parentesco entra por medio, la cuestión se resuelve con una multa para llegar á la cual tiénense largas y animadas discusiones y se hacen gestos salvajes. En Nueva Caledonia la adúltera es estrangulada por un pariente suyo y otro de su marido y en cuanto á las hechiceras convictas se las obliga á arrojar al mar pintadas de negro y adornadas con flores como víctimas destinadas al sacrificio. En las islas de Banks el adulterio da al marido derecho para matar á su mujer y al amante de ésta donde quiera que lo encuentre.

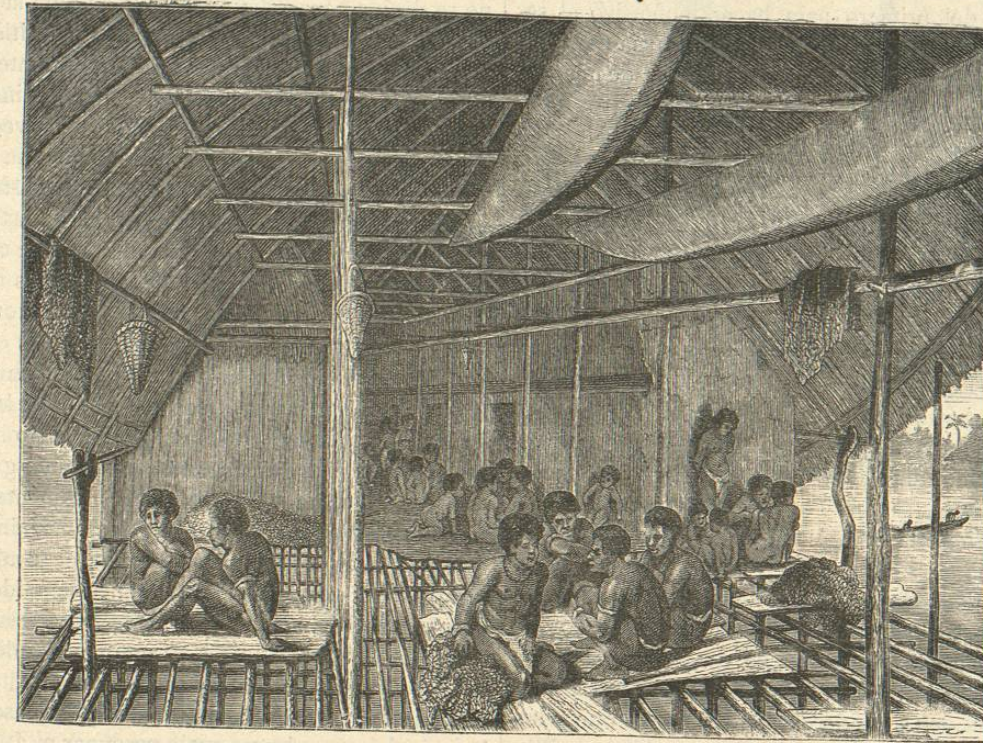
La propiedad es respetada dentro de la comunidad cerrada, de la aldea, de la tribu ó del pueblo, pero no siempre es objeto de igual respeto la que radica fuera de estas demarcaciones. En las islas de Banks, al decir de Codrington, se vela con rigor sumo porque los frutos de las palmeras que crecen en un terreno cultivado y que pertenecen á un extranjero sean exclusivamente para éste, lo cual se explica teniendo en cuenta que la propiedad sobre los árboles es considerada como más sólida que la del mismo

suelo en que éstos crecen. Las cuadrillas de bandidos que se organizan con carácter político en Fidschi para atentar contra toda clase de propiedades son seguramente consecuencias del estado de guerra permanente, pues las costumbres de los indígenas pacíficos demuestran palpablemente que existen ciertas leyes que regulan la propiedad. Miklucho-Maclay hablando de los habitantes de la costa Maclay de Nueva Guinea, cuyo número estima en 15 ó 20,000, dice, en una carta dirigida al gobernador de Fidschi pidiendo que los invasores europeos se mostraran bondadosos para con aquéllos: «Están sólidamente unidos con el suelo que cultivan; cada pulgada de terreno, cada pescado del arroyo, cada árbol útil de la selva pertenece á su propietario,» deduciendo con razón que los derechos de propiedad de los indígenas deben ser reconocidos y amparados. Según Fison, en Fidschi el derecho de propiedad sobre los árboles sólo se extiende á los frutos, nunca á la madera la cual, lo propio que el terreno, pertenece allí al caudillo en parte y en parte al común. No existe la propiedad privada sobre la tierra sino simplemente un usufructo correspondiente á la familia que ha cultivado una porción de ella y que por este concepto viene obligada á la corbea, *sala*: entre los servicios que en ésta figuran cuéntanse, además del cultivo del territorio, la construcción de canoas,

la de caminos, etc., que el caudillo recompensa con una fiesta. En las Salomón es condenado á muerte el vasallo que deja de entregar al caudillo la parte que éste recoge de la cosecha, de la pesca ó del botín. En Fidschi, sin embargo, el principal servicio es el de las armas que trae consigo, después de una campaña victoriosa, una nueva concesión de territorios con todos los habitantes de los mismos que quedan reducidos á la esclavitud y por ende sometidos á la carga de nuevas obligaciones. Las relaciones entre el vasallo y el caudillo no siempre se basan en estas concesiones recíprocas sino que las más de las veces son únicamente concesiones del primero, llegando esto hasta el punto de que las aldeas que en Api colonizaron los de Tongoa

(Nuevas Hébridas) ofrecen anualmente sus presentes al caudillo de su antigua patria, á pesar de encontrarse en territorio extranjero.

En Fidschi el trato entre tribu y tribu está confiado á los heraldos que son inviolables aun en los casos en que se presentan como mensajeros de guerra: son también intermediarios mercantiles, pues cuando los caudillos necesitan un determinado artículo de otro distrito envían á éste una embajada invitando á una entrevista en un mercado de cambios para proceder á una permuta de dicho artículo por productos propios. Para estas embajadas el caudillo entrega unos cordones con nudos hechos con cáamo y además tantos juncos como artículos comprende la comi-



Interior de una cabaña de Korido, Nueva Guinea (según Raffray) Véase pag. 525.

sión; la mayor ó menor longitud de estos juncos demuestra la mayor ó menor importancia de la empresa. Las distintas tribus suelen formar alianzas para otros fines: las alianzas de los fidschianos son muy costosas pues los aliados no sólo han de ser mantenidos sino que tienen, además, el derecho de mandar á su antojo como soberanos en el territorio de sus «amigos» y ni siquiera puede censurarseles porque destruyan por capricho la propiedad de éstos. El siguiente episodio referido por Raffray hablando de la costa septentrional de Nueva Guinea, demuestra cuán extraña es la noción que allí se tiene de la solidaridad política. Un habitante de una aldea había robado á un individuo de otra una esclava: este último, comprendiendo que él y sus amigos eran demasiado débiles para tomar venganza del primero, se apoderó de tres arfakes de la montaña que, aunque inocentes de aquel delito, eran bastante fuertes para vengarlos. Para rescatar estos cautivos la tribu á que pertenecían hubo de atacar la aldea del ladrón de la esclava y aun les fué permitido saquearla en recompensa del servicio prestado.

La organización militar es más vigorosa en la apariencia que en el fondo: en Nueva Bretaña Finsch la encontró más bien en los abigarrados adornos compuestos de pinturas y de plumas que en el carácter de los habitantes que es bondadoso; la causa de las allí frecuentes guerras está no tanto

en los hombres como en las circunstancias. Los fidschianos tampoco son por naturaleza guerreros, á pesar de lo cual raras veces se ve ese archipiélago libre de guerras y de las calamidades que de ellas son consecuencia, lo cual procede simplemente de las muchas soberanías independientes que en el país existen y cada una de las cuales procura engrandecerse á costa de las demás. El orgullo y la ambición de los caudillos están de continuo dispuestos á hacer víctimas. Es digno de consignarse que una cosa tan poco rara como el cacareo de las gallinas durante la noche es considerada presagio de guerra: algo se parece esto á la preocupación que á muchos europeos civilizados causan los cometas, pero de nuestra parte está la ventaja de que entre las apariciones de éstos media mucho más tiempo que entre aquellos cacareos. Comprendiendo aquellos indígenas los grandes males que consigo traen las guerras, desplégase antes y después de cada una de ellas un gran aparato diplomático y en ninguna otra circunstancia se procura tanto como en esta atraerse el favor de los dioses por medio de grandes sacrificios. Cuando el consejo ha resuelto que un pueblo debe hacer la guerra, se entra en trato con los dioses antes de batirse con los hombres procediéndose á limpiar los templos que están medio sepultados entre malezas y á construir otros nuevos. En cierta ocasión vió T. Williams ofrecer de una sola vez al dios de la guerra los siguientes sa-